

Campos Reina

# De Camus a Kioto

Biblioteca de Ensayo 69 (Serie Mayor) Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados.  
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <<http://www.cedro.org>> [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En sobrecubierta: Jardín de Ryogen-in, Kioto, y detalle de *Los toros de Burdeos*, 1825, de Francisco de Goya  
Colección dirigida por Ignacio Gómez de Liaño

Diseño gráfico: Gloria Gauger  
© Foto del autor: Pepe Ponce  
© Juan Campos Reina, 2010  
© Ediciones Siruela, S. A., 2010  
c/ Almagro 25, ppal. dcha.  
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20  
Fax: + 34 91 355 22 01  
[siruela@siruela.com](mailto:siruela@siruela.com) [www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-9841-344-1

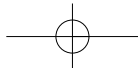
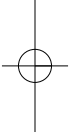
Depósito legal: M-???-2010

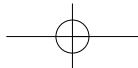
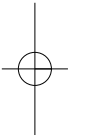
Impreso en ???

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados

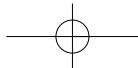
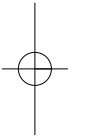
# De Camus a Kioto





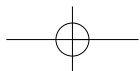
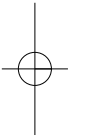


A mi padre



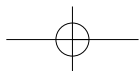
El que ha sabido mirar,  
siquiera sea un árbol,  
ya no muere.

MARÍA ZAMBRANO



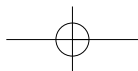
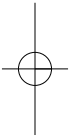
En el jardín  
olor de crisantemos  
pisadas tenues.

BASHŌ



Tus disfraces, como el almirante samurái,  
que tapó la escuadra enemiga con un abanico,  
o el monje que no sabe qué espera en El Escorial.

JOSÉ LEZAMA LIMA





Albert Camus escribe al comienzo de *El mito de Sísifo*: «No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio. Juzgar si la vida vale o no vale la pena vivirla es responder a la pregunta fundamental de la filosofía». Aun así, por la vía del hecho, la vida suele imponerse sin que el hombre se plantee una cuestión semejante –tabú para algunas religiones– incluso en las más adversas circunstancias. Llama la atención, en consecuencia, quien, consciente de su libertad, no considera su nacimiento como una condena y se obliga a dar una respuesta, la única que realmente nos capacita para afrontar la existencia.

A un samurái o *bushi*, que es la contrafigura en el Japón del caballero medieval en Europa, le merecía la pena vivir siempre que ello no implicara la renuncia a los principios por los que se regía. Jugarse la vida en el campo de batalla, de acuerdo con su código de comportamiento, no suponía un sacrificio esencial. Da fe de ello el símbolo que representa al *bushi* en el período de su encumbramiento en el Japón, entre el fin del siglo XII y el fin del siglo XVI: la flor del cerezo (*sakura*), que viste las ramas de color en la primavera para, enseguida, brindar sus pétalos al viento.

De ahí que el valor, el dominio de las artes marciales o la sobriedad espartana cedan ante tan singular disposición de ánimo para ofrendar la vida, no desde una afirmación teórica sino desde una prueba rotunda que no admite réplica. Si la vida que el samurái ha dibujado en su horizonte, más allá de comodidades y conquistas, en su más íntima dignidad, se derrumba, sólo es posible una salida: el *seppuku* o suicidio ritual. Con ella responde a la pregunta, siempre latente, que en el otro extremo del mundo y en nuestra época formula Camus. Pero lo llamativo no es que tal respuesta la adopte un individuo sino que la haga suya todo un estamento en el Japón histórico como piedra angular de su código de conducta: el *bushidō*. Partiendo de una disciplina semejante, que sitúa a los samuráis al borde de la vida, resulta conmovedor ver cómo en el curso lento de cinco siglos van sumando

el arte a la milicia hasta representar lo que caracteriza la esencia de la cultura japonesa, fruto de un tiempo de estrecha relación entre el *bushi* y el monje budista Zen. De la suma de la fuerza, el dominio de sí mismo, la disponibilidad de la vida y el ejercicio del arte como si respondiera a un reflejo, por un lado, y de la entrega a la meditación, al retiro, a salvar las falsas apariencias que ofrece el mundo por otro, surgen, como un regalo inesperado en un período de máxima agitación, la pintura *suiboku*, que sólo utiliza tinta y agua sobre el papel, el teatro *nō*, con sus rituales y símbolos, sus danzas y sus máscaras, un peculiar arte de la jardinería, que salta de la reproducción en miniatura de la naturaleza al esplendor de jardines simbólicos (*kare sansui*) para la meditación, o una cerámica, como la *Oribe* o la *Raku*, hecha para ser palpada en la ceremonia del té (*cha-no-yu*).

Como su contraste en Occidente, la cultura española realiza también un recorrido cuyo final debería ser un abrazo con aquella lejana imagen de Oriente en cuyos espejos puede aprender a mirarse, a salir del ensimismamiento, a reconocerse en el otro. Pero ahondar en ello equivaldría a adelantarnos en un viaje sin parangón, cuyo inicio tiene lugar en dos ciudades, Kioto y Córdoba, antes de que el samurái y la poliédrica figura del caballero en Occidente acaben por dar en un lugar común. Contemplarlas, supone abrir una ventana. Y una ventana, para el taoísta chino Chuang-Tzu, no es más que un hueco en la pared, un vacío. Gracias a esa abertura y a otras que la simbolizan, las estancias, las cámaras de nuestra mente, se llenan de luz y aflora el anhelo más íntimo. Y da igual que esto se logre participando en la ceremonia del té o en el delirio amoroso de un místico al traducir el *Cantar de los Cantares*, que sólo un viejo maestro judío, lejos de las garras de la Inquisición, se habría atrevido a calificar como «un deseo lascivo de pureza».

Mas debemos retroceder en el tiempo para penetrar en algunos mitos orientales y en la corte de Heian, en lo que será Kioto, donde la sutileza es un empeño cotidiano, antes de abrírnos a los siglos de plenitud de la cultura samurái y, más tarde, a la de los *shōnin* o comerciantes, la clase urbana emergente, impulsora de nuevas diversiones, las del *ukiyo* (el «mundo flotante» o las «ciudades sin noche»), donde reina la geisha y se ofrece una alternativa a la vida –reglamentada con rigidez por el shogunato de los Tokugawa durante dos siglos y medio de fronteras cerradas–, para que el honor no aplaste los sentimientos.

## Índice

|  |            |
|--|------------|
| <b>Introducción</b>                                    | <b>17</b>  |
| <b>I. Del Pabellón de Cristal al Pabellón de Plata</b> | <b>19</b>  |
| <b>II. La sombra barroca del samurái</b>               | <b>37</b>  |
| <b>III. El minotauro y la ceremonia del té</b>         | <b>49</b>  |
| <b>IV. El mundo flotante</b>                           | <b>59</b>  |
| <b>V. De la luz y de las sombras</b>                   | <b>75</b>  |
| <b>VI. La búsqueda del paraíso</b>                     | <b>97</b>  |
| <b>VII. El abismo y el Pabellón de Oro</b>             | <b>113</b> |
| <b>VIII. Caminos del bosque</b>                        | <b>133</b> |
| <b>IX. La huella del hombre. El Pabellón del Vacío</b> | <b>141</b> |
| <b>Epílogo</b>   | <b>149</b> |
| <b>Breve reseña bibliográfica en castellano</b>        | <b>155</b> |

